

Los fundamentos bíblicos de la Lectura Pública de la Biblia: textos del Antiguo y Nuevo Testamento

Charles Kim

The Grace and Mercy Foundation

Dr. Tommy Givens

Fuller Theological Seminary



Lectura
Pública
de la Biblia

*Sí, te humilló permitiendo
que pasaras hambre y luego
alimentándote con maná, un alimento
que ni tú ni tus antepasados conocían
hasta ese momento. Lo hizo para
enseñarte que la gente no vive solo
de pan, sino que vivimos de cada
palabra que sale de la boca del Señor.*

—Deuteronomio 8:3 (NTV)

Los fundamentos bíblicos de la Lectura Pública de la Biblia: textos del Antiguo y Nuevo Testamento

Charles Kim

*Director Global de Investigación,
Capacitación y Relaciones Estratégicas de LPB/JSU
The Grace and Mercy Foundation*

Dr. Tommy Givens

*Profesor Asociado de Estudios del Nuevo Testamento
Fuller Theological Seminary*



Audio de la
Biblia Gratis



Audiolibro

Contenido

Antiguo Testamento 8

Nuevo Testamento..... 32

Las siguientes reflexiones se centran en pasajes significativos de las Escrituras en los que Dios ordena que Su Palabra sea consignada por escrito y leída en voz alta, a fin de que Su pueblo sea moldeado por el encuentro regular para escuchar Su voz.

Los ejemplos presentados, provenientes tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, describen la costumbre bíblica de la lectura pública de las Escrituras y su continua relevancia para la vida y la identidad corporativa del pueblo del pacto con Dios.

Antiguo Testamento

Desde la creación, cuando Dios infundió vida mediante la palabra, las Escrituras nos presentan a un Dios que participa activamente en la humanidad. Él también habla directamente a Adán, Eva, Caín, Noé, Abraham, Agar, Isaac y Jacob en el Génesis, y lo hace repetidamente a través de sueños y visiones. Estas experiencias revelan a un Dios personal e intencional que desea una comunicación dinámica con Su pueblo.

En el libro del Éxodo Dios instruye a Moisés a escribir Sus leyes y mandamientos, lo cual marca una gran transición de una cultura oral a una forma escrita. Esto no constituye un mero proceso de documentación, sino que se realiza para que el pueblo de Dios pueda escucharla frecuentemente

y ser instruido por ella a través de las generaciones. Es mediante la Palabra escrita que Dios guía a Israel y moldea su identidad, su comportamiento y su pacto con Él. El pueblo ha sido liberado de la esclavitud y comienza el nuevo viaje de ser formado a través del recuerdo comunitario. Este proceso se lleva a cabo al escuchar Su Palabra en un nuevo ritmo.

Entonces el SEÑOR dijo a Moisés: «Pon esto por escrito en un rollo para que se recuerde, y que lo oiga bien Josué: Yo borraré por completo, bajo el cielo, todo rastro de los amalecitas». (**Éxodo 17:14**)ⁱ

Existen diversas traducciones de los vocablos hebreos originales: «*Escribe esto en un rollo para que sea un recuerdo perpetuo, y léelo en voz alta a Josué*» (NTV), o «*Escribe esto para recordatorio en el libro y repítelo a oídos de Josué*» (Jewish Publication Society). Cada traducción enfatiza dos actividades primordiales: escribir una descripción de la obra redentora de Dios y declararla al leer el relato a otros. El registro escrito está diseñado

para constituir una memoria viva de la comunidad, especialmente en la formación de la próxima generación de líderes. Esto se manifiesta en la manera en que Moisés le leía a Josué.

El acto de escribir, por sí solo, no garantizará la memoria viva de la Palabra de Dios, como se observará en las generaciones subsiguientes. No obstante, la lectura de la Palabra de Dios en voz alta potencia su eficacia, fomentando la memoria entre el pueblo de Dios a medida que escuchan, asimilan y obedecen. Éxodo, por lo tanto, provee el origen de uno de los patrones que persistirán en la totalidad de la Biblia: la Palabra de Dios debe ser escrita y leída en voz alta. Juntos, estos dos actos son esenciales para adorar a Dios en recuerdo del pacto.

La Palabra de Dios a menudo es escrita en Éxodo para ser leída ante el pueblo:

Y Moisés fue y refirió al pueblo todas las palabras y leyes del SEÑOR, y ellos respondieron a una voz: «Haremos todo

lo que el ha dicho». Moisés puso entonces por escrito lo que el SEÑOR había dicho. A la mañana siguiente, madrugó y levantó un altar al pie del monte, y en representación de las doce tribus de Israel consagró doce piedras. Luego envió a unos jóvenes israelitas para que ofrecieran al SEÑOR novillos como holocaustos y sacrificios de comunión. La mitad de la sangre la echó Moisés en unos tazones y la otra mitad la roció sobre el altar. Después tomó el libro del pacto y lo leyó ante el pueblo. Ellos respondieron: –Haremos todo lo que el SEÑOR ha dicho y le obedeceremos.

(Éxodo 24:3-7)

Éxodo 24 describe a Israel entrando en una nueva relación de pacto con Dios, la cual, aunque no es idéntica, constituye una continuación de los pactos previos celebrados con Noé y Abraham en el libro de Génesis. Los pactos anteriores iniciados por Dios eran compromisos unilaterales y no requerían la aprobación humana. Dios juró a Noé que nunca más destruiría la tierra con un

diluvio y colocó el arcoíris en el cielo para que la promesa fuera recordada. Del mismo modo, Dios aseguró a Abraham su descendencia a través de un pueblo y la circuncisión fue la señal del pacto. En cualquiera de los dos escenarios, Dios es el único que prometió actuar; prometió proceder de manera unilateral y sin condiciones.

El pacto del monte Sinaí, por el contrario, es bilateral y exige la participación activa del pueblo. Dios mostró las leyes a los israelitas a través de Moisés y ellos respondieron como pueblo; afirmaron lo que Dios les había comunicado. Éxodo 24:3b señala: *«Haremos todo lo que el SEÑOR ha dicho»*. La respuesta del pueblo se reitera en el versículo 7: *«Haremos todo lo que el SEÑOR ha dicho y le obedeceremos»*. Estos versículos demuestran que el pacto es bilateral. Según el rabino judío ortodoxo Jonathan Sacks: *«El pacto del Sinaí fue plenamente mutuo, una iniciativa divina que involucró el consentimiento humano y dependió de él»*.ⁱⁱ

El enfoque central aquí es el vasto crecimiento en la revelación y en la obra de Dios. Este pacto

se desarrolló en una admiración mutua, no meramente en leyes y deberes que Dios impuso independientemente de la respuesta que Su pueblo debió haber dado. Por lo tanto, las leyes del pacto se otorgaron en el contexto del pacto mismo; todo lo que Dios dijo fue escrito para las generaciones futuras y el pueblo del pacto consintió en escuchar y obedecer a Dios de todo corazón.

Esta tendencia se repite más adelante en **Éxodo 34:27**, cuando el Señor habla directamente a Moisés: *«El SEÑOR dijo a Moisés: “Pon estas palabras por escrito, pues en ellas se basa el pacto que ahora hago contigo y con Israel”»*. Este pasaje se contextualiza en el proceso de reafirmación del pacto del Sinaí tras una rebelión significativa contra la voluntad de Dios. Mientras Moisés se encontraba ausente en el monte Sinaí (durante cuarenta días), el pueblo al pie de la montaña danzaba alrededor de un becerro de oro.

Cuando Moisés se acercó al campamento y vio el becerro y las danzas, ardió en ira y

arrojó de sus manos las tablas, haciéndolas pedazos al pie del monte. (**Éxodo 32:19**)

Fue una rebelión inconcebible. Moisés percibió lo que habían hecho y, en su indignación, destrozó las primeras tablas de la ley del pacto, cuyas palabras habían sido inscritas por el propio dedo de Dios (**Éxodo 31:18**) al pie de la montaña (**Éxodo 32:19**).

Y cuando terminó de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le dio las dos tablas del pacto, que eran dos lajas escritas por el dedo mismo de Dios. (**Éxodo 31:18**)

Las tablas originales se rompieron, pero el pacto de Dios no. Dios no había terminado con Israel aún, porque permanecía comprometido con Sus promesas incondicionales hacia Su pueblo. Dios realiza otra provisión en **Éxodo 34:1**: *«El SEÑOR le dijo a Moisés: “Labra dos tablas de piedra semejantes a las primeras que rompiste. Voy a escribir en ellas las mismas palabras que estaban escritas en las primeras”»*.

Israel no mantuvo el pacto que ya estaba en vigor, pero este no fue revocado. En su lugar, Dios en Su misericordia y gracia lo afirmó. El mandato de Dios de reescribir estas palabras y el hecho de que todavía se lean al pueblo de Dios hoy en día, demuestra el gran valor que poseen para Su pueblo. La orden constituye una petición reiterada para que el pueblo de Dios escuche, recuerde y obedezca, sirviendo como fundamento de su identidad.

En otros apartados de Éxodo y Levítico Dios estableció mandamientos adicionales para el pueblo de Israel, además de los Diez Mandamientos. Estas personas permanecieron en el monte Sinaí aproximadamente un año, como se registra desde **Éxodo 19 hasta Números 10**, y Moisés les enseñó cómo debían vivir siendo un pueblo santo en el cual Dios pudiera habitar.

Éxodo habitualmente muestra el discurso directo de Dios a Moisés con frases como «*el SEÑOR llamó*», «*el SEÑOR convocó*» o «*el SEÑOR habló*». La enseñanza era clara: el pueblo debía escuchar y obedecer todo lo que Dios ordenaba.

El mismo patrón y la obediencia a Sus palabras se enfatizan en **Números 33:2**: «*Por orden del SEÑOR, Moisés anotaba cada uno de los lugares de donde partían y adonde llegaban...*».

El libro de Números narra cómo Dios guió y condujo a los hijos de Israel a través del desierto. No se trata de una mera crónica histórica de su travesía. Es también un registro divino de sus movimientos particulares, e incluye detalles tales como el tamaño numérico de cada tribu, lo que ofrendaron para el tabernáculo, las ubicaciones críticas, los acontecimientos reveladores y otros hechos conocidos únicamente a partir de lo que se consignó por escrito para que las generaciones futuras lo leyeran. El Señor instruyó a Moisés a crear un recordatorio escrito de Israel en el desierto, no solo como una evocación del pasado, sino también como un testimonio de quién es Dios y de cómo Israel está llamado a vivir. Las generaciones futuras escucharían y testificarían de las palabras escritas que les eran leídas en voz alta.

El libro de Deuteronomio revela cómo Moisés retoma la ley y la reinstaura a los israelitas cuando están a punto de ingresar a la Tierra Prometida. A diferencia de Éxodo, donde la ley se registró tal como le fue entregada a Moisés en el monte Sinaí, Deuteronomio documenta el sermón de despedida de Moisés: un discurso pastoral y un mensaje profético que resaltó las repercusiones de la obediencia y la desobediencia. El tono cambia de la instrucción legal a una exhortación apasionada que ahora enfatiza no solo la declaración de la ley, sino también la manera en que esta debe ser escrita en el corazón mismo de los hombres. Moisés exhorta al pueblo a recibir los mandamientos de Dios, a permitir que moren en sus corazones y a grabar los mandamientos de Dios en sus almas:

Moisés escribió esta ley y se la entregó a los sacerdotes levitas que transportaban el arca del pacto del SEÑOR, y a todos los jefes de Israel. Luego ordenó: «Cada siete años, en el año del perdón de deudas, durante la fiesta de las Enramadas, cuando tú, Israel,

te presentes ante el SEÑOR tu Dios en el lugar que él habrá de elegir, leerás en voz alta esta ley en presencia de todo Israel. Reunirás a todos los hombres, mujeres y niños de tu pueblo, y a los extranjeros que vivan en tus ciudades, para que escuchen y aprendan a temer al SEÑOR tu Dios, y obedezcan fielmente todas las palabras de esta ley. Y los descendientes de ellos, para quienes esta ley será desconocida, la oirán y aprenderán a temer al SEÑOR tu Dios mientras vivan en la tierra que vas a poseer al otro lado del Jordán».

(Deuteronomio 31:9-13)

Moisés ordenó que el Libro de Instrucción fuera leído por los sacerdotes y ancianos durante las festividades mayores y que permaneciera como el enfoque central de la adoración y de la identidad de Israel para asegurar que la voluntad de Dios se mantuviera en el núcleo de su relación. Esta era una forma de lectura comunitaria regular en lugar de una ceremonia carente de significado. Debía realizarse *«mientras vivan en la tierra»*

(Deuteronomio 31:13), sirviendo como un testimonio de la continua renovación espiritual y de la relevancia de este mandato.

Más adelante, en **Deuteronomio 31:24-27**, leemos:

Moisés terminó de escribir en un libro todas las palabras de esta ley. Luego dio esta orden a los levitas que transportaban el arca del pacto del SEÑOR: «Tomen este libro de la Ley y pónganlo junto al arca del pacto del SEÑOR su Dios. Allí permanecerá como testigo contra ustedes los israelitas, pues sé cuán tercos y rebeldes son. Si fueron rebeldes contra el SEÑOR mientras viví con ustedes, ¡cuánto más lo serán después de mi muerte!

Cuando Moisés se acercaba al final de su vida, entregó el Libro de la Ley a los levitas, quienes lo colocaron al lado del Arca del Pacto como testimonio. Este acto sirvió como un recordatorio del pacto entre Israel y Dios en el Sinaí y constituyó

un llamado al arrepentimiento y a la fidelidad. Moisés reconoció que el pueblo ya había sido infiel al pacto en su presencia y que era probable que volviera a serlo. Mientras Josué se preparaba para asumir el liderazgo, Moisés amonestó a todos los líderes israelitas a permanecer fieles a la Palabra de Dios en todo momento.

Estas directrices no fueron diseñadas únicamente con propósitos administrativos, sino que poseían un profundo significado espiritual. Todas las palabras escritas tenían la intención de preservar la voz de Dios, para que resonara en cada generación y se repitiera a oídos de Su pueblo cada vez que se congregara en adoración.

El pueblo de Dios, propenso a olvidar quién era y cómo estaba llamado a vivir, incluso ante los mandamientos e instrucciones de Dios, los recordaría, repetiría e internalizaría.

El registro de la generación del rey Josías demuestra cómo el pueblo de Dios tiende a olvidar su llamado. A pesar de que la ley ya estaba escrita

cuando Israel se estableció en la tierra prometida, fue descuidada en múltiples ocasiones. Cuando el rey Josías ordenó la reconstrucción del templo en Jerusalén y el pueblo comenzó a adorar al Dios de Israel, el libro de la ley fue hallado y leído en voz alta ante el rey. Él respondió con las palabras registradas en **2 Reyes 22:11-13**:

Cuando el rey oyó las palabras del libro de la Ley, se rasgó las vestiduras y dio esta orden a Jilquías el sacerdote, a Ajicán, hijo de Safán, a Acbor, hijo de Micaías, a Safán el cronista, y a Asaías, su ministro personal: –Con respecto a lo que dice este libro que se ha encontrado, vayan a consultar al SEÑOR por mí, por el pueblo y por todo Judá. Sin duda que la gran ira del SEÑOR arde contra nosotros, porque nuestros antepasados no obedecieron lo que dice este libro ni actuaron según lo que está ordenado para nosotros.

El rey Josías reconoció la desobediencia y ordenó a los escribas que realizaran numerosas

copias y las hicieran circular por toda la tierra. Evidentemente, no era suficiente que la ley misma estuviera escrita para que pudiera ser recordada y seguida. Por eso, como se establece en **2 Reyes 23:1-3**, el rey convocó al pueblo y les leyó las Escrituras públicamente:

Entonces el rey mandó convocar a todos los jefes de Judá y Jerusalén. Acompañado de toda la gente de Judá y de Jerusalén, de los sacerdotes, de los profetas, en fin, de la nación entera, desde el más pequeño hasta el más grande, el rey subió al Templo del SEÑOR. Entonces, en presencia de ellos leyó todo lo que está escrito en el libro del pacto que fue hallado en el Templo del SEÑOR. Después se puso de pie junto a la columna del rey y en presencia del SEÑOR renovó el pacto. Se comprometió a seguir al SEÑOR y a cumplir, de todo corazón y con toda el alma, sus mandamientos, estatutos y mandatos, reafirmando así las palabras del pacto escritas en este libro. Y todo el pueblo confirmó el pacto.

Esto condujo a un breve período de avivamiento; sin embargo, al cabo de una generación, el reino de Judá fue destruido y su pueblo fue llevado al exilio. Jeremías, uno de los profetas de aquella época, recibió un mandato muy similar al que le había otorgado a Moisés:

Por tanto, ve al Templo del SEÑOR en el día de ayuno y lee a oídos del pueblo las palabras del SEÑOR que te he dictado y que escribiste en el rollo. Léeselas también a toda la gente de Judá que haya venido de sus ciudades. **(Jeremías 36:6)**

Al igual que Moisés y Josías, Jeremías desempeñó un papel de gran relevancia al impactar y moldear la identidad espiritual de Israel y su existencia en relación con su Dios. La ley de Moisés, no obstante, difería en contenido y contexto de la de Jeremías.

Si bien la Torá define la identidad del pacto de Israel mediante la ley, la adoración y la organización comunitaria, Jeremías habla de oráculos divinos que responden a circunstancias

históricas y emergencias propensas a ocurrir en el futuro. Estos libros de *los Profetas*, como parte de las Escrituras, no son libros de la ley, sino una palabra particularmente urgente de Dios mismo que revela los pecados de las autoridades y del pueblo de Israel, exhortando al arrepentimiento, advirtiendo sobre el juicio venidero y prometiendo restauración y esperanza.

La formación de los escritos de los Profetas constituyó un paso significativo. Demostró que la Palabra de Dios no había descendido en el Sinaí para ser descartada y abandonada, sino que continuaba siendo pronunciada a través de Sus profetas. Era vibrante, viva y sensible a las realidades del pueblo a medida que se revelaban.

A través de esto, la vida y la obra de Jeremías demuestran que los libros proféticos en las Escrituras hebreas ocupan una posición sumamente elevada. Tales escritos no están asociados con la Torá, pero sin embargo, poseen la misma autoridad. El hecho de que los Profetas constituyeran una parte importante de la

comunidad del pacto de Israel se enfatiza en el mandato divino de leer el rollo de Jeremías en un día de ayuno comunitario. Los escritos proféticos debían ser leídos en voz alta en presencia de todos, de la misma manera en que la Torá debía ser leída y aceptada como Sagrada Escritura. La voz de Dios continuó manifestándose a través del profeta, fue pronunciada, consignada por escrito y escuchada.

Esta tendencia puede rastrearse a través del corpus de los Profetas. Por ejemplo, en el libro de Ezequiel, el inicio de secciones enteras del libro reitera: «*el SEÑOR le dirigió la palabra*» ... «*la palabra del SEÑOR vino a mí*» (**Ezequiel 1:3; 3:16**). No se trataba de los pensamientos o impresiones subjetivas del profeta, sino de declaraciones directas de Dios, registradas con precisión, dirigidas a los representantes del pueblo y copiadas meticulosamente. Los libros proféticos no están destinados a un ámbito personal, sino que deben ser escuchados y atendidos como declaraciones pronunciadas por Dios.

El mismo sistema recurrente de lectura colectiva de las Escrituras que hemos venido observando a lo largo del Antiguo Testamento, presupone la comunicación constante y relacional de Dios con Israel. Los profetas preservaron la voz de Dios al escribir Su Palabra, de modo que dicha voz no perdiera su vitalidad con esa generación, sino que perdurara para la generación venidera. Los libros proféticos poseen todo el peso de la autoridad divina y son necesarios para comprender el carácter de Dios, Su santidad y los propósitos del juicio y la redención. Ellos son el testimonio vivo, junto con la Torá, de la acción de Dios en el marco del pacto con su pueblo.

Con los ejemplos de la lectura pública de las Escrituras tal como la hemos concebido y su primacía litúrgica, no debe sorprendernos constatar que esta se encontraba arraigada en la formación de la adoración de Israel. Los Diez Mandamientos se custodiaban en el Arca del Pacto, ubicada en el centro del tabernáculo y, posteriormente, en el Lugar Santísimo del templo. Asimismo, el Libro de la Ley, destinado a ser leído

pública y regularmente, se colocaba de manera prominente junto al tabernáculo. La Palabra escrita, por consiguiente, expresaba la presencia interior de Dios. Cuando la comunidad se reunía para leer las Escrituras, no escuchaba simplemente una historia sagrada, sino que participaba en un acto renovado de la voz divina.

El vocablo hebreo *likro* («leer») se utiliza para enfatizar la imponente de la lectura pública de las Escrituras como una articulación de la voz viva de Dios. Sus significados son «llamar» y «proclamar». No se trata de una lectura silenciosa. La Torá no fue concebida para ser considerada individualmente en privado; debía ser pronunciada, escuchada y puesta en práctica. De esta manera, la Escritura permanece como una Palabra viva dada por la inspiración de Dios para un pueblo vivo, siempre llamando, formando y hablando.

El rabino Jonathan Sacks, en su obra *Covenant and Conversation* (*Pacto y Conversación*), hace referencia a un punto fundamental en la restauración de Israel tras el exilio en los días de Jeremías:

Cada siete años se ordenaba al rey «leer en voz alta [*tikra*] esta Torá delante de ellos para que la oyeran [*be'aznehem*]» en la ceremonia de *hakhel* que convocaba a hombres, mujeres y niños. En la histórica asamblea de aquellos que habían regresado de Babilonia, Esdras «se puso frente a la plaza, justo dentro de la entrada de la puerta del Agua, desde temprano por la mañana hasta el mediodía y leyó [*la Torá*] en voz alta a todos los que podían entender. Todo el pueblo escuchó atentamente la lectura del libro de la ley» (Nehemías 8:3, NTV). *Keriat haTorah* no significa leer, sino proclamar la Torá, leerla en voz alta. El que la lee tiene la Palabra escrita frente a él, pero para el resto de la congregación, es una experiencia no del ojo, sino del oído. La Palabra divina es algo escuchado más que visto... Hasta el día de hoy, la experiencia primordial de *keriat haTorah* implica escuchar al lector proclamar las palabras desde el rollo de la Torá, en lugar de seguirlas en un libro impreso.

Nos perderíamos algunos de los efectos más sutiles de la Torá si la consideráramos como el texto visto, en lugar de la Palabra escuchada.ⁱⁱⁱ

Cuando las Escrituras se leen como una actividad privada y personal, algo que se lee en una página en silencio, se puede perder el significado de uno de sus mayores propósitos: ser escuchada como la voz viva de Dios que habla a Su pueblo. Al igual que en el Antiguo Testamento, Dios no se limitó a entregar Su Palabra; también demostró a Su pueblo cómo aceptarla. Desde los albores del tiempo las Escrituras han sido concebidas como un acto colectivo de adoración, escuchadas por Su pueblo. Nunca se trató únicamente de adquirir información o de una obediencia íntima, sino de encontrarse con Dios como una comunidad moldeada por Su voz viva.

Nuevo Testamento

La lectura pública de las Escrituras estaba profundamente integrada en la vida de la iglesia primitiva y se encuentra o se enseña con frecuencia en el Nuevo Testamento. Desde la lectura de Jesús en la sinagoga de Nazaret hasta las directrices apostólicas para la proclamación pública de sus cartas y de las Escrituras del Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento afirma la lectura pública como un elemento vital para la adoración y la vida comunitaria de la iglesia. En los Evangelios, los Hechos, las Epístolas y el Apocalipsis, se retrata a los creyentes reuniéndose para escuchar la Palabra de Dios, la cual es leída, enseñada y practicada. Esta costumbre preservó las tradiciones del servicio de la sinagoga y se convirtió en una

característica esencial de la identidad cristiana, asegurando que todos los creyentes pudieran experimentar un encuentro conjunto y personal con Dios a través de Su Palabra.

A una edad temprana Jesús comenzó a participar en la lectura pública de las Escrituras en las sinagogas:

Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. **(Lucas 4:16, RVR1960)**

En la época de Jesús los rollos eran costosos y escasos en los hogares, por lo que poseerlos de forma privada era sumamente improbable. Más importante aún, las Escrituras no se leían como una fuente de estudio personal. La sinagoga funcionaba como el centro comunitario donde las personas podían adorar, enseñar y estudiar las Escrituras. En este espacio sagrado Jesús inició su ministerio público practicando la lectura pública de las Escrituras. Lucas enfatiza que Jesús solía

asistir a los servicios de la sinagoga, donde leía y escuchaba las Escrituras. Según el relato de Lucas, la expresión «*conforme a su costumbre*» significa que Jesús no solo asistió a la sinagoga en ese día particular, sino que habituaba hacerlo, proveyendo así un ejemplo de la adoración del pueblo reunido en un lugar para escuchar la lectura de la Palabra de Dios. Su testimonio demuestra el efecto formador de escuchar las Escrituras en la congregación.

Como señala el erudito del Nuevo Testamento, Joel Green:

La presentación de Lucas indica no solo que Jesús demostraba regularmente su piedad al asistir a la sinagoga el día de reposo, sino también que era su hábito asumir el papel de aquel que leía y exponía las Escrituras (cf. Hechos 17:2). Esta frase, «conforme era su costumbre», subraya la cualidad paradigmática de este episodio, tanto respecto a sus prácticas del día de reposo como al contenido de su proclamación.^{iv}

Aquellos que siguieron a Jesús fueron educados en la misma tradición y asistían regularmente a los servicios de la sinagoga con Él, participando en liturgias que incluían lecturas de la Torá, los Profetas y los Salmos. No abandonaron esta práctica tras la ascensión de Jesús, sino que continuaron asistiendo a las sinagogas con regularidad para adorar y proclamar a Jesús como el Mesías prometido. Eventualmente, la oposición de las autoridades religiosas limitó su participación en las sinagogas. De una forma u otra, la tradición de la lectura pública de las Escrituras persistió.

Ellos, por su parte, siguieron su viaje desde Perge hasta Antioquía de Pisidia. El sábado entraron en la sinagoga y se sentaron. Al terminar la lectura de la Ley y los Profetas, los jefes de la sinagoga mandaron a decirles: «Hermanos, si tienen algún mensaje de aliento para el pueblo, hablen».
(Hechos 13:14-15)

El relato de Lucas continúa describiendo el avance del movimiento de la iglesia primitiva. Las

sinagogas siguieron siendo espacios estimados para la lectura de las Escrituras y la enseñanza a judíos, cristianos judíos y cristianos no judíos. Un servicio típico comenzaba con el *Shemá* («Oye, Israel: El Señor nuestro Dios, el Señor uno es...»), seguido de otras oraciones, y luego dos lecturas, una de la Torá y otra de los Profetas. Por lo general, continuaba un sermón o exposición, y el servicio concluía habitualmente con una bendición.^v

En efecto, desde tiempos antiguos Moisés siempre ha tenido en cada ciudad quien lo predique y lo lea en las sinagogas todos los sábados. **(Hechos 15:21)**

Santiago, el líder de la iglesia de Jerusalén, enfatiza la importancia de la lectura de las Escrituras en el culto de la sinagoga durante el Concilio de Jerusalén, al explicar cómo los creyentes gentiles debían relacionarse con la Ley Mosaica. El verbo traducido aquí como «*leer*», al igual que en **1 Timoteo 4:13**, hace referencia a la lectura pública. Esta tradición, iniciada por Moisés, continuó a lo largo del período del Segundo Templo y todavía

se practica en las sinagogas judías hoy en día, resaltando el significado perdurable de escuchar la Escritura en voz alta para los judíos observantes.

Otros materiales escritos se leían entre los seguidores de Jesús durante la formación de la iglesia primitiva y esta continuó difundiendo los Evangelios. Era una práctica común entre los creyentes leer la Torá y los libros proféticos, así como compartir las enseñanzas de Jesús como parte de los escritos en circulación antes de que el Nuevo Testamento fuera plenamente canonizado en el siglo IV d. C. Los Evangelios contenían las palabras de Jesús y relatos de primera mano sobre su vida, muerte y visiones como resucitado, y estos recursos proveyeran una dirección guiada por el Espíritu Santo a las nuevas iglesias. Estos textos sagrados se leían en voz alta en la adoración cristiana, junto con las Escrituras hebreas.

Las cartas apostólicas también revelaron alusiones a los métodos primitivos de reunión en la práctica cristiana, los cuales involucraban la lectura de dichas cartas a todos los hermanos como un

elemento esencial de la adoración: «*Les encargo delante del Señor que lean esta carta a todos los hermanos*» **(1 Tesalonicenses 5:27)**.

1 Tesalonicenses se cuenta entre las cartas más tempranas de Pablo y él insiste en que esta carta sea leída en voz alta a toda la congregación en Tesalónica. Este mandato demuestra el propósito de tales cartas: debían ser leídas públicamente a la comunidad, no solo de forma privada a los líderes. Resalta la importancia que Pablo otorga a sus palabras escritas, no meramente como cartas humanas, sino como la Palabra de Dios para toda la iglesia.

Así que no dejamos de dar gracias a Dios, porque al oír ustedes la palabra de Dios que predicamos, la aceptaron no como palabra humana, sino como lo que realmente es, palabra de Dios, la cual actúa en ustedes los creyentes. **(1 Tesalonicenses 2:13)**

Pablo, apóstol no por investidura ni mediación humana, sino por Jesucristo y

por Dios Padre, que lo levantó de entre los muertos... Quiero que sepan, hermanos, que las buenas noticias que yo predico no es invención humana. No lo recibí ni lo aprendí de ningún ser humano, sino que me llegó por revelación de Jesucristo.

(Gálatas 1:1, 11-12)

Las marcas distintivas de un apóstol, tales como señales, prodigios y milagros, se dieron constantemente entre ustedes.

(2 Corintios 12:12)

En **1 Tesalonicenses 2:13**, y nuevamente en **Gálatas 1:1, 11-12** y **2 Corintios 12:12**, Pablo, al referirse a su autoridad apostólica, establece que esta es obra de Dios y que desea que todos los creyentes escuchen cuando Dios habla a través de él.

Al leer la carta de Pablo a la iglesia, se invita a los oyentes a aceptarla como la Palabra de Dios, no meramente como las ideas de Pablo. Lo fundamental es que, al ordenar que la carta entera

sea leída en voz alta, Pablo asegura que todos se involucren y que el mensaje se lea como una unidad, no en fragmentos aislados. Dicha lectura también promueve la unidad de la iglesia: todos escuchan lo mismo al mismo tiempo, evitando así confusiones sobre qué palabras portan la autoridad apostólica de Pablo, distorsiones de lo que ha escrito o lecturas selectivas de sus secciones predilectas.

El término griego *enorkizō*, empleado en **1 Tesalonicenses 5:27** y traducido como «*les ordeno*» (NTV), indica un grado muy elevado de seriedad. Pablo, en su calidad de apóstol, pone un gran énfasis en el acto de la lectura pública, como lo evidencia su lenguaje asertivo. Su solemnidad sugiere que la lectura pública de las Escrituras es un acto litúrgico donde la Palabra divina aún habla con autoridad y poder, y no meramente el cumplimiento de una función de tipo administrativo. «*Una vez que se les haya leído a ustedes esta carta, que se lea también en la iglesia de Laodicea...*» (**Colosenses 4:16**).

Las enseñanzas de Pablo indican que las iglesias cristianas primitivas otorgaban gran importancia a la lectura de las cartas apostólicas en la congregación durante sus reuniones de servicio. Estas cartas fueron planificadas para ser distribuidas ampliamente en la iglesia primitiva, en lugar de ser para uso privado. Sobre esta base se estructuró el Nuevo Testamento y fue a través de esta práctica que las cartas apostólicas comenzaron a ser consideradas como enseñanza autoritativa de origen divino.

Además de invitar a otros a compartir estas cartas con las iglesias, la lectura pública permitía proveer instrucción apostólica en ausencia de los apóstoles: *«En tanto que llego, dedícate a la lectura pública de las Escrituras, y a enseñar y animar a los hermanos» (1 Timoteo 4:13).*

En este pasaje, resulta evidente que Pablo escribe a Timoteo en una carta personal, instándolo en su ministerio ante la iglesia que dirige en Éfeso. Es una carta clara y urgente que se encuentra en 1 Timoteo, 2 Timoteo y Tito, consideradas las

últimas cartas del apóstol Pablo. Las palabras que Pablo utiliza son poderosas e intencionales. Ordena a Timoteo dedicarse a la lectura comunitaria de las Escrituras, a la exhortación y a la instrucción. El vocablo griego *proséchō* transmite mucho más que un mero estímulo; significa «prestar cuidadosa atención a» algo, lo cual es esencial.

Cuando Pablo alienta a Timoteo a enfocarse en la lectura pública de las Escrituras, existe un sentido de priorización, constancia y firmeza. No se trata de un interés pasivo, sino de una concentración activa y continua que provee una experiencia eclesial que requiere un esfuerzo consciente. La razón por la cual Pablo expresa: *«En tanto que llego, dedícate a la lectura»*, es que el deber de la lectura pública de las Escrituras no constituye una tarea opcional para Timoteo; es su labor primaria y su misión.

La palabra traducida como lectura pública también conlleva una implicación obvia.

Según John Stott:

Las palabras «lectura pública de las Escrituras» traducen el sustantivo griego singular *anagnōsis*, puesto que a menudo se refería a la lectura en voz alta en público... Pero también se utilizaba para la lectura pública de las Escrituras como cuando los sacerdotes leían la Ley en los días de Esdras, Jesús leyó a Isaías en la sinagoga de Nazaret, y el Antiguo Testamento se leía regularmente en la adoración de la sinagoga. Los cristianos adoptaron esta lectura del Antiguo Testamento de la sinagoga para la iglesia. Además, los apóstoles ordenaron que las iglesias leyeran sus cartas en voz alta en la asamblea cristiana.^{vi}

En su segunda carta a Timoteo, Pablo reitera la autoridad de las Escrituras y su vínculo con la predicación de la Palabra.

Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir

y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra. (**2 Timoteo 3:16-17**)

En este pasaje, el apóstol enfatiza la importancia de toda la Escritura, la cual es divinamente «inspirada por Dios»; (la NIV emplea “God-breathed” [«exhalada por Dios»]). Es útil para enseñar, redargüir, corregir e instruir en justicia.

Posteriormente, en **2 Timoteo 4:1-4**, Pablo continúa su exhortación, acentuando la norma insuperable y la importancia indispensable de las Escrituras en la vida de la iglesia:

En presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de venir en su reino y que juzgará a los vivos y a los muertos, te doy este solemne encargo: Predica la palabra; persiste en hacerlo, sea o no sea oportuno; corrige, reprende y anima con mucha paciencia, sin dejar de enseñar. Porque llegará el tiempo en que no van a tolerar la sana doctrina, sino que, llevados de sus propios deseos,

se rodearán de maestros que les digan las fantasías que quieren oír. Dejarán de escuchar la verdad y se volverán a los mitos.

(2 Timoteo 4:1-4)

Pablo, quien previamente aconsejó a Timoteo dedicarse a la lectura pública de las Escrituras **(1 Timoteo 4:13)**, ahora le solicita solemnemente que «*predique la palabra*» **(2 Timoteo 4:2)** para que la proclamación fiel de la Palabra de Dios se mantenga como el enfoque central del ministerio.

El verbo griego que Pablo utiliza para «predicar» es *kērússō*, un vocablo que describe la acción de un heraldo público en las ciudades antiguas. Un heraldo es un mensajero oficial presentado ante un rey u otra autoridad para anunciar un decreto, ya sea de recompensa o de castigo.^{vii}

Notablemente, la tarea del heraldo no consistía en alterar el mensaje, suavizarlo o disminuirlo de ninguna manera, independientemente de cuán difícil o impopular pudiera resultar. Interferir con el mensaje constituía un delito grave; la penalización era la vida misma del heraldo.

A partir de esta imagen, Pablo explica que la predicación cristiana no se trata de la interpretación frívola o sesgada del predicador. Es la proclamación fiel y colectiva de la Palabra de Dios tal como es, sin ningún espejismo o interés personal. El predicador debe ser obediente a la autoridad del mensaje, reflejando la vida de los antiguos heraldos. La voluntad del rey y su palabra son lo único que debe ocupar el centro de atención.

Esto dota a la advertencia de Pablo de una cualidad oportuna y urgente, porque él vislumbra un tiempo cuando las personas «*no van a tolerar la sana doctrina, sino que, llevados de sus propios deseos*», optando por seguir a maestros que no les revelarán la mente de Dios, sino que les dirán lo que desean escuchar **(2 Timoteo 4:3)**.

Por lo tanto, la verdadera predicación presupone la lectura fiel de la Palabra de Dios, no como un trampolín para opiniones personales o comentarios artificiales sobre temas culturalmente polémicos, sino como el mensaje mismo. La

explicación, el discernimiento y la aplicación del predicador deben realizarse como una exposición de las Escrituras, sin disminuir el tiempo dedicado a la lectura del texto bíblico en sí ni insertar sabiduría humana que opaque la fuerza de la Palabra de Dios. La proclamación fiel salvaguarda la integridad de la Palabra de Dios entre Su pueblo, mantiene a la iglesia cimentada en la verdad y la protege contra la falsa enseñanza.

En el último libro de la Biblia, se reitera la expectativa bíblica sobre cómo debe ser percibida y recibida la Escritura:

Dios bendice al que lee a la iglesia las palabras de esta profecía y bendice a todos los que escuchan el mensaje y obedecen lo que dice, porque el tiempo está cerca.

(Apocalipsis 1:3, NTV)

Existen al menos dos acciones que vale la pena resaltar en este versículo: leer a la iglesia y escuchar. La forma primordial en que Dios se reveló a las personas fue a través del oído. Esto no constituye un acto pasivo, sino uno que involucra

una escucha sumisa y obediente. A quienes leen el mensaje, escuchan la palabra y actúan en consecuencia, se les promete recibir abundantes bendiciones.

Conclusión

El significado de escuchar la Palabra de Dios en comunidad se resalta de manera consistente en las Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Las referencias bíblicas citadas en este artículo exhiben la importancia de la lectura pública de las Escrituras por parte del pueblo de Dios y cómo esta ha influido en la identidad de las personas a través de las generaciones. El mandato fundamental de escuchar la voz de Dios se repite a menudo, demostrando que los creyentes no pueden comprender plenamente ni seguir genuinamente la voluntad de Dios sin escuchar en comunidad. Jesús expresó: «*Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen*» (**Juan 10:27**). Hoy en día, los creyentes están llamados a congregarse, escuchar y obedecer la voz del Pastor como seguidores y oyentes comprometidos.

Notas

ⁱ Salvo que se indique lo contrario todas las citas bíblicas son de la Nueva Versión Internacional.

ⁱⁱ Rabbi Jonathan Sacks, *Exodus: The Book of Redemption, Covenant & Conversation 2*, (Jerusalem: Maggid, 2010), 13, edición Kindle.

ⁱⁱⁱ Rabbi Jonathan Sacks, *Genesis: The Book of Beginnings, Covenant & Conversation 1*, (Jerusalem: Maggid, 2009), 203–204, edición Kindle.

^{iv} Joel B. Green, *The Gospel of Luke*, New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1997), 209, edición Kindle.

^v John Stott, *The Message of Acts*, The Bible Speaks Today Series (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1990), 266–267, edición Kindle.

^{vi} John Stott, *The Message of 1 Timothy & Titus*, The Bible Speaks Today Series (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1996), pp. 146–147.

^{vii} James Strong, *The New Strong's Exhaustive Concordance of the Bible: With Main Concordance, Appendix to the Main Concordance, and Hebrew and Greek Dictionaries* (Nashville, TN: Thomas Nelson, 1990), s.v. "kērussō," entry #2784.

[illegible][illegible]

Notas

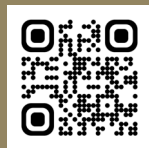
*Jesús respondió:—Escrito está:
«No solo de pan vive el hombre,
sino de toda palabra que sale de la
boca de Dios».*

—Mateo 4:4 (NVI)



Lectura
Pública
de la Biblia

lecturapublicadelabiblia.org



Audio de la
Biblia Gratis